

arcipreste temía al principio comunicárselo todo abiertamente. Cervini respondió, que por más que le desagradaba lo malo, estaba con todo muy agradecido al que se lo descubriese (1). Siendo obispo de Reggio en la Emilia, llamó al punto para la reforma de los eclesiásticos al jesuita Laínez, así como más tarde envió al P. Broet a Montepulciano (2); en 1543 hizo hacer una circunstanciada visita de la diócesis, a consecuencia de la cual publicó después varios estatutos de reforma, que aprobó Paulo III (3).

En la primavera de 1544 permutó Cervini el obispado de Reggio por el de Gubbio. También aquí trabajó en favor de la reforma. La diócesis le debió la preservación de herejías y una nueva división de parroquias, como también la restauración y embellecimiento de la catedral. Todo lo que se hacía y había de emprenderse, lo asentaba en un libro particular. También mandó que de tiempo en tiempo se le diese exacta cuenta de la observancia de sus ordenaciones. Sus incesantes trabajos hallaron tal reconocimiento, que los ciudadanos de Gubbio le erigieron una estatua de mármol en señal de gratitud (4).

Un rasgo singularmente hermoso del carácter de Cervini es el haber conservado la mayor humildad en medio de todos los honores que le fueron concedidos. Escribía a su hermano, que todo el bien que recibía, lo consideraba como un beneficio, por el que estaba obligado al Papa, a la Iglesia y a Dios, y como una invitación a cumplir fiel y lealmente sus obligaciones: «Pero tú, prosigue, si realmente me amas, ruega constantemente a Dios

(1) V. Pollidorus, 22-24, quien utilizó el *Archivo episcopal de Nicastro*. Cómo Cervini entendió el cargo episcopal, se refleja en una dedicatoria de Genciano Herveto, a él dirigida; v. S. Chrysostomi Opera, I, Venetiis, 1583, 232.

(2) V. Tacchi Venturi, I, 578 y nuestras indicaciones del vol. XII, 67 s.

(3) V. nuestros datos del vol. XII, 571 s., tomados del *Archivo episcopal de Reggio*.

(4) V. Pollidorus, 49 ss.; Buschbell, 14, 207 s. En la sala capitular de la catedral de Gubbio se conserva la casulla de seda que Marcelo II regaló a la iglesia; es obra muy artística, trabajada en Flandes, en la cual está representada en círculos la historia de la Pasión de Cristo. La división de parroquias de 1.º de enero de 1545 está registrada en el *Lib. delle Riforme del *Archivo municipal de Gubbio*; ibid. Miscell. II, hay un *Bando del luogoteniente del duca d' Urbino de 1549, publicado a instigación de Cervini, en favor del descanso dominical y contra el porte irreverente en la iglesia. Las *Synodales constitutiones Eugubinae per card. S. Crucis (*Archivo episcopal de Gubbio*), importantes para la historia de la reforma católica, las publicaré en otro lugar.

que me dé luz y ayuda, de que muchísimo necesito, para no hallarme lleno de faltas y sin mérito alguno después de haber recibido tantas mercedes, que no las puedo agradecer bastantemente al dador de todo bien» (1).

No es maravilla que semejante varón se mantuviese en la confianza de Paulo III. Por otoño de 1541 se lo llevó consigo el Papa a Luca para encontrarse con Carlos V; antes de la entrevista tenida en Busseto por junio de 1543, le envió como legado al emperador. Dos años después siguió su nombramiento para legado en el concilio de Trento (2). Con esto comenzó para Cervini un nuevo período de actividad eclesiástica y diplomática. Su cargo de representar, junto con los cardenales Pole y Monte, al Supremo Jerarca de la Iglesia en el sínodo general, era el más difícil que se puede imaginar. Cervini se mostró muy apto y muy a propósito para el mismo. Su severidad en punto de disciplina eclesiástica, sus muchas letras y su carácter puro le hicieron pronto ponerse en primer término. Con la vastísima erudición que le era propia, trataba de las materias más diversas y agenciaba cada negocio con tal celo y solicitud, como si ésta fuese su única incumbencia. Con notable decisión combatió la teoría de los sínodos de Constancia y Basilea, opuesta al dogma católico, acerca de la superioridad del concilio sobre el Papa (3); con prudencia y suavidad supo componer los conflictos que provocó la vehemencia de su colega Monte, y con maravilloso conocimiento de la materia, profundidad y diligentísima atención se dedicaba a las cuestiones teológicas. En todos los asuntos dogmáticos muéstrase en el concilio como la persona que los dirige, al paso que el cardenal Monte se aplicaba más a las cuestiones de derecho canónico y de reforma (4). Las actas auténticas atestiguan la colaboración de Cervini en la composición del decreto sobre el canon de la biblia y la tradición, así como su relevante parte en el decreto sobre la justificación. Señalóse su actividad en esta importantísima cuestión, que tocaba el punto esencial y como el nervio de la herejía, singularmente desde la minuta de 23 de septiembre

(1) Pollidorus, 42-43.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 102, 140, 169.

(3) Cf. la interesante memoria de Ehses en el tercer número del Boletín de la Sociedad Görres para 1911, Colonia, 1911, 13 s.

(4) V. los testimonios en Ehses, Conc. Trid., V, 780, 961.

de 1546, en cuya formación se mostró muy activo, trabajando en ella con todas sus fuerzas (1).

Con los esfuerzos extraordinarios padecía la flaca salud del cardenal, quien ya en junio de 1545 había tenido una enfermedad de riñones, y en mayo de 1546 tuvo de nuevo que guardar cama (2). Durante la difícil situación que sobrevino por el verano de 1546, a consecuencia de la conducta de los imperiales, procedió Cervini según puntos de vista rigurosamente eclesiásticos, decidiéndose por la traslación del concilio a un lugar, donde no pareciese amenazada su seguridad (3). Carlos V había procurado ganar antes al cardenal con el otorgamiento de una elevada pensión, pero recibió de varón tan incorrupto una resuelta negativa (4). Ahora se esforzó el emperador por intimidar a Cervini con las más vehementes amenazas, pero en vano. Cervini declaró, que el emperador podía a la verdad hacer violencia a su cuerpo, pero no tenía ningún poder sobre su alma; que el juicio sobre su conducta lo remitía tranquilamente a Dios Nuestro Señor (5). Cuando después fué trasladado el concilio a Bolonia (6), Cervini era considerado por muchos como el futuro Papa. Para impedir su elección, el emperador a la muerte de Paulo III excluyólo nominalmente, poniéndole su veto (7).

Aunque Cervini recomendaba francamente al nuevo Papa Julio III el cumplimiento de sus obligaciones, éste con todo le

(1) V. *ibid.*, 4, 8 s., 11, 26 s., 36, 420 ss., 500 ss.; cf. también nuestras indicaciones del vol. XII, 274 s.; Hefner, 33; Lauchert, 542 nota.

(2) V. Massarelli en Merkle, I, 202 s., 545, 548. Sobre posteriores enfermedades cf. *ibid.*, 743, 869.

(3) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 246 s.

(4) En una *memoria de A. Cervini sobre las legaciones de Marcelo cerca del emperador en 1538-1539, se lee: *Contro quello leggesi nel Platina nuovamente stampato, dove pare si voglia dar a Marcello qualche taccia d'interesse, stimo bene d'opporre oltre le qualità del suo vivere sempre lontano da ogni sorte di studio d'accumular ricchezze i rifiuti di ricchi doni fatti da esso in piu occasioni sapendo per cosa certa che nell'abboccamento che fece Carlo V imperadore col pontefice Paolo III avendo il detto imperadore destinato a Marcello allora cardinale una pensione di 10000 scudi esso la ricusò costantemente e solo ne accettò scudi 1000 sopra la chiesa di Vagliadolid di commandamento espresso del pontefice. En el código de la *Biblioteca de Ferrara* indicado arriba p. 16, nota 1.

(5) Cf. las informaciones auténticas en Merkle, I, 565 s.; v. también Panvinius, *Vita Marcelli* II.

(6) Su motivo para la traslación del concilio a Bolonia lo expresa claramente Cervini el 10 de marzo de 1547; v. Ehses, *Conc. Trid.*, V, 1024.

(7) Cf. vol. XIII, p. 35.

apreciaba sobremanera y trataba con él con mucha confianza; repetidas veces se sirvió de su consejo y cooperación, sobre todo en asuntos de la reforma (1). En 1552 confió a Cervini la presidencia de la comisión de reforma, en cuyos trabajos tuvo el cardenal activa participación (2). Fuera de eso se mantenía reservado todo lo posible, y no disimulaba que no podía aprobar muchas cosas que hacía Julio III. Grande fué su dolor, cuando el Papa, con la cesión de Camerino a su hermano, entró por los caminos del nepotismo. Cervini había hecho todo lo posible para impedirlo. Para mostrar públicamente su desaprobación, se partió al instante a su diócesis de Gubbio (3).

Como en tiempo de Paulo III, así también en el pontificado de Julio III perteneció Cervini a la Congregación de la Inquisición romana. Dedicóse a este cargo con el mayor ardor y abnegación (4). Aunque se mostraba riguroso contra los propagadores de las nuevas doctrinas, se mantenía con todo alejado de toda exageración. La carga de los negocios de Cervini fué aumentada todavía con el protectorado sobre los servitas, el cual, lo mismo que el que se le confió sobre los eremitas de S. Agustín, no solamente no lo administró como un puro cargo honorífico, sino que lo ejerció con aquella solicitud con que trataba todo cuanto emprendía. Lo que hizo en favor de los eremitas agustinos, lo reconoció con los mayores elogios nada menos que el General de la Orden, Seripando (5).

Faltaría un rasgo esencial a la descripción del carácter de Cervini, si no mencionásemos su amor a la ciencia. Esto como docto le había sobre todo llevado a Roma, y cuando allí llegó a desempeñar cargos muy ajenos a sus aficiones literarias, siempre con todo volvía a los estudios. Por esto Paulo III, con la mirada certera que le era propia, había confiado en 1548 al eru-

(1) V. arriba vol. XIII, 160 s., 119 s. y Massarelli, 171 s., 174, 193, 197, 198, 199, 200, 202 s., 207, 209, 211, 215, 216. Sobre la parte que tuvo el cardenal en la reforma de los Regulares v. *Concilio LXXVIII, 188 s. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. vol. XIII, 165.

(3) V. Panvinius loc. cit.; Pollidorus, 92 s., 101.

(4) Además de nuestros datos del vol. XII, 406 y XIII, 210, v. especialmente el trabajo fundamental de Buschbell: *Reforma e Inquisición en Italia*, 174 ss., 210 s.; cf. también Tacchi Venturi, I, 523 s.

(5) Cf. Massarelli en Merkle, I, 845; Pollidorus, 93 s., 103 s.

dito cardenal la Biblioteca Vaticana (1). Ya como hombre de letras particular había sido diligente coleccionador de libros y manuscritos, y también siendo cardenal había aprovechado toda ocasión de aumentar su biblioteca (2). Después de muchos años que había tenido que emplear el cardenal preferentemente en negocios eclesiásticos y diplomáticos, pudo ahora como rejuvenecerse y verse restituído a la actividad de anteriores tiempos, pero con grandísima y extensísima amplitud. Con verdadero ardor se dedicó al presente a la gran colección que estaba bajo su custodia. Debióronse a su genio emprendedor nuevos catálogos de los manuscritos griegos y latinos (3). Como administrador de la más rica biblioteca, tampoco perdió de vista su antiguo plan de hacer accesible al mundo docto, por medio de la imprenta, los manuscritos griegos más importantes todavía inéditos (4). El registro de los gastos para la Biblioteca Vaticana muestra con qué celo e inteligencia se afanaba Cervini, no solamente por conservar y aumentar los tesoros a él confiados, sino también por hacerlos accesibles (5). En agradecimiento a sus trabajos, Julio III le confirmó en su puesto, y ordenó que lo ocupase durante toda su vida (6). Cervini hizo tan grandes mejoras en la Vaticana, demostró tal amplitud de intentos y designios, y desplegó tan ilimitada generosidad, que sobrepujo a todos sus predecesores. Como acrecentó el caudal de manuscritos de las

(1) Cf. nuestros datos del vol. XII, 438 s., y la bibliografía allí indicada.

(2) *E sebbene Marcello era allora in privata fortuna non mancava di ricercare libri rari e farne ricerca per ogni via possibile, dice A. Cervini loc. cit. (*Bibl. de Ferrara*) del tiempo anterior a 1534. Sobre compras de libros y manuscritos, que hizo Cervini cuando era obispo de Gubbio, v. Pollidorus, 51 s. Los manuscritos de Cervini fueron a parar después a la Biblioteca Vaticana; v. Tiraboschi, VII, 1, 210.

(3) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 438, notas 3, 4, 5 y 6.

(4) Cf. Dorez, *Le card. M. Cervini et l'imprimerie à Rome*: *Mél. d'archéol.*, XII, 289 ss. La monografía de Dorez sobre Cervini, anunciada ya en 1895, que tratará todas las cosas mencionadas con la solidez propia de este autor, por desgracia todavía no se ha publicado. Precursores de este trabajo son las memorias que han salido a luz en las *Mél. d'archéol.* (v. arriba) y en la *Rev. d. Bibl.*, V, 14 s. (*L'exemplaire de Plin.*, etc.), 139 ss., 153 ss. (Rómulo Cervini).

(5) Cf. Dorez en el *Fasciculus Io. W. Clark dicatus, Cantabrigae*, 1909, 142 ss. De los vastos designios del cardenal da muestra su plan de hacer publicar las actas originales completas del concilio de Trento, sobre todo de las sesiones; v. Ehses, *Conc. Trid.*, V, XIII s., xxvii.

(6) V. vol. XIII, 305 y el n.º 5 de su apéndice. *Archivo secreto pontificio*.

más diversas clases, llegando hasta adquirir manuscritos orientales, así aumentó también el número de los empleados. Simultáneamente velaba por la conservación de los manuscritos deteriorados. Un edicto de 1554 aseguró la apertura de la biblioteca para los hombres de letras a horas determinadas (1). Repetidas veces prestó ayuda a este establecimiento con subsidios suyos particulares. No contento con todo lo que hizo, pensaba incesantemente en levantar más y más la Biblioteca Vaticana, que decía ser el mayor tesoro que poseía la Silla Apostólica (2).

Cuanto apreciaba Cervini los buenos libros, tan profundamente detestaba los malos. Refiérese que por el año 1541 el cardenal hacía acopio de libros obscenos para quemarlos (3).

Siendo hombre que se interesaba por los más variados estudios y tenía vastísimo saber, a quien hasta hombres como Sangallo y Miguel Angel apreciaban por sus conocimientos en el campo de la arquitectura y de la arqueología (4), no se limitó en modo alguno Cervini a coleccionar libros y manuscritos; también había juntado en considerable número antigüedades, inscripciones y medallas antiguas (5). Su casa, que encerraba estos tesoros, estaba abierta para todo el que daba esperanzas de producir notables obras de ingenio. El cardenal gustaba de alentar singularmente a los talentos jóvenes; sin pretensiones, con gran llaneza, sin mostrar la superioridad

(1) Cf. Dorez en el *Fasciculus*, loc. cit., 158 s.; *Mercati, Bibl. Apost.*, 38, 44, 57. Según Tiraboschi, VII, 1, 221 (edición romana), Cervini puso también el fundamento a la colección de antigüedades anexa a la Biblioteca Vaticana; cf. Pollidorus, 48.

(2) Carta al card. Farnese de 17 de septiembre de 1554, publicada en las *Mél. d'archéol.*, XII, 311.

(3) Cf. Gori, *Arch. stor.*, III, 40.

(4) *Nell'architettura e cognizione delle cose antiche non fu a nessuno de' suoi tempi secondo e sanno ancora molti che oggi vivono che ne 'l San Gallo ne il Buonarrotti si sdegnava d'intendere il suo consiglio, dice A. Cervini, *Vita di Marcello II (Bibl. de Ferrara)*; cf. también Merkle, II, xxv. Cervini era también miembro de la Academia de Vitruvio, fundada en 1542, y había confiado a Sangallo los diseños para su casa de campo en el monte Amiata (v. Müntz, III, 109, 240). Los conocimientos en arquitectura indujeron a Cervini a ingerirse en la edificación de S. Pedro, lo que rechazó Miguel Angel con su porte áspero (v. vol. XIII, 311 s.). Cervini en tiempo de Clemente VII se dedicó a los estudios arqueológicos con tal ardor, que en una visita que hizo a las ruinas subterráneas de las termas de Trajano, corrió peligro de la vida; v. esta noticia en Contelorius, *Vita Marcelli II. Archivo secreto pontificio*, XI, 48, p. 291.

(5) Cf. Pollidorus, 155; Reumont, III, 2, 695; Dorez, A. Eparque: *Mél. d'archéol.*, XIII, 322.

de su saber, conversaba con ellos sobre sus estudios. No raras veces revisaba por sí mismo los trabajos de algunos jóvenes literatos y cuidaba de buscarles editores. Donde observaba serios intentos, era muy generoso, no sólo indicando libros y manuscritos, sino también dando preciosos incitamentos y consejos. Toda una serie de hombres doctos, con quienes estaba en comunicación de palabra o por cartas, tuvo a sí obligados Cervini de este modo. En los trabajos teológicos de Sirleto y Seripando tuvo parte muy principal. A Luis Lipomano animó a la publicación de las vidas de los santos, y al docto Pedro Vettori a una mejor edición de las obras de Clemente de Alejandría. A Nicolás Beni le excitó a una traducción italiana del célebre *Commonitorium* de San Vicente de Lerins. Asimismo indujo a Aníbal Caro y a Pedro Francisco Zeno a trasladar al italiano los discursos de S. Gregorio Nacianceno y S. Juan Damasceno. Genciano Erveto compuso a impulso suyo una traducción latina de los comentarios de S. Crisóstomo sobre los salmos. Cervini fué por cuya instigación Onofre Panvinio se dedicó a la antigüedad cristiana y a la historia eclesiástica. Al incansable cardenal se debió también la traslación de los cuatro evangelios a la lengua etiópica, como también las traducciones de Teodoreto, Metafrasto y otros. Para la publicación de los comentarios de Eustacio sobre Homero no rehusó sacrificio alguno. De sus variados conocimientos da también testimonio el apoyo que prestó a la obra de Hipólito Salviani sobre los peces (1).

Lo que más amaba Cervini aun entre los literatos era los naturales serios, que con sólida ciencia juntaban una sincera piedad. En este respecto eran significativas sus íntimas relaciones con Guillermo Sirleto. En la elección de sus familiares había mostrado siempre Cervini singular solicitud. Solía decir, que precisamente tanto como uno tiene cuenta con la honra y buen nombre, había de tenerla con rodearse de buenos criados (2). Como en todo, mostraba también en esto, que no solamente predicaba la reforma, sino que también la practicaba. Presentaba esta severa

(1) Además de Tiraboschi, VII, 1, 30 s. (edición romana) y Pollidorus, 75 ss., cf. también Dorez en las *Mél. d'archéol.*, XII, 291 s.; Merkle, II, xxvii s., cxxiv s.; Mai, *Spicileg.*, IX, xvi; *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XI^o, 359 s.; Mercati en la *Revista Teológica*, VIII (1909), 61 s.; Hefner, 32.

(2) V. Pollidorus, 22.

dirección del modo más eficaz y atractivo. Con las más puras costumbres, la más profunda piedad y la más rígida ortodoxia juntaba una muy cordial protección de las ciencias profanas y teológicas, y con moderada prudencia unía ardiente celo de la reforma. ¡Qué esperanzas se abrían con el llamamiento de semejante varón a la silla de S. Pedro! Gozoso júbilo se apoderó en la curia romana de los buenos, y temor de los malos (1).

Raras veces se ha mostrado en la opinión pública tal conformidad en el juicio sobre un nuevo Papa como en Marcelo II. Todo el mundo estaba unánime, en que se había elegido al hombre más digno y más apropiado para guiar la nave fluctuante de la Iglesia por las olas procelosas de aquellos tiempos (2). Aun los franceses, contra cuyo deseo había sido la elección de Cervini, no se cansaban de reconocer sus excelentes cualidades (3). A consecuencia de lo cual el resultado del conclave fué bien recibido en la corte de Enrique II. También el emperador olvidó su antiguo enfado, y su representante en Roma dijo expresiones de gran elogio sobre el nuevo Papa (4).

Como se deja entender, los defensores de la reforma católica fueron los que dieron más grandes muestras de regocijo, pues sabían por la experiencia de muchos años, que Cervini era el hombre a propósito para llevar al cabo con su ejemplo y con firmeza

(1) *Par che Roma poco si rallegrì di questa elezione, escribe ya Ghisi el 9 de abril de 1555. Agustín Gonzaga, obispo de Reggio, escribe en *12 de abril de 1555: Se espera que Marcelo II será un buen Papa para la religión cristiana, pero en la corte se teme su rigor (*Archivo Gonzaga de Mantua*). V. además Montesa en Druffel, IV, 652, nota 3. El gran gozo de todos los que deseaban sinceramente el bien de la Iglesia, está atestiguado por numerosas manifestaciones; además de las citas que se hallan en Pollidorus, 112 ss., cf. también *Corpo dipl. Port.*, VII, 385; la carta publicada por Gatticus, 332, nota; L. Alamanni, *Canzone a Marcello II*, que se halla en la colección de Atanagi II, Venezia, 1565, 172. Otras poesías menciona Polidoro (p. 113). Sobre el gozo de Venecia v. *Studi stor.*, XVII, 528. El nuncio en la corte imperial, J. Muzzarelli, escribía el *22 de abril de 1555, desde Bruselas a los cardenales, que Marcelo velaría velut alter Aaron por la afflicta et desolata ecclesia. *Benedictus Deus etc.* Lett. di princ. XV, n. 71. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Además de los testimonios alegados en la nota anterior, v. también Masio, *Cartas*, 200, la carta gratulatoria de P. Manucio (*Epist.*, I, 7), Hosii *epist.*, II, 1025 y la carta de Seripando s. d. que se halla en las *Miscell.*, Arm. 2, t. LX, p. 320 s. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. Ribier, II, 607; Druffel, IV, 660 s.

(4) Cf. Brown, VI, 1, n. 62, 64; Druffel, IV, 652 s.

acompañada de suavidad, la anhelada reforma del estado de la Iglesia (1). Nunca hubiese pensado, escribía Seripando, que recayera la elección en un cardenal, cuyos principios eran tan inflexibles, que antes bien le cerraban el camino para el supremo poder, que se lo allanaban. Por esta causa vió Seripando en la elevación de Cervini una merced especial de la divina gracia, que había dirigido los votos hacia el que salvaría a Israel. Por eso decía que había rogado que viniese un Papa, que a las voces Iglesia, Concilio, Reforma, les quitase aquel sentido despreciable que se daba a estas palabras de suyo tan hermosas; y que ahora quedaba cumplida su esperanza y su deseo se había convertido en realidad (2).

Efectivamente, los defensores de la reforma católica podían ahora esperar la terminación de la grande y dificultosa obra que Paulo III y Julio III habían comenzado, pero dejado sin acabar, porque, prescindiendo de otros impedimentos, vivía aún demasiado en ellos el espíritu mundano del Renacimiento. De él estaba enteramente libre el varón, cuyo nombre se hizo proverbial en la obra de la renovación eclesiástica (3).

También en el Colegio Cardenalicio reinaba unanimidad acerca de que si Cervini permanecía siendo el que había sido hasta entonces, se mejoraría el estado de la Iglesia. Un hermoso y valioso testimonio de eso está contenido en una carta del cardenal Hércules Gonzaga, que éste dirigió a Ferrante Gonzaga inmediatamente después de concluído el conclave. Hércules Gonzaga había sido partidario de Este, y había pasado sin dormir la noche del 9 al 10 de abril. Sumamente cansado compuso su carta. Decíase en ella, que si Cervini fuera siendo Papa como había sido cuando era cardenal, se podía esperar el mayor bien para toda la Iglesia; y que a aquellos que querían vivir relajadamente, desagradaba su elevación de un modo extraordinario. Que era generalmente conocida la vida pura de Cervini, su amor a la ciencia, su gravedad y su dignidad. Que raras veces se le había visto jovial; y que luego que oía o veía alguna cosa ridícula, sonreía sólo ligeramente, y pasaba de largo sobre ella en silencio con seriedad

(1) Cf. la carta de Dionisio Atanagi en las Lett. di princ., I, 185.

(2) Lett. de' princ., III, 187^b s.

(3) Cf. la *carta de G. Florimonte a Marcelo II, fechada en Sessa el 15 de abril de 1555. Castel S. Angelo, VIII, II, p. 160. *Archivo secreto pontificio*.

catoniana. Que nunca había tomado contentamiento en suntuosos banquetes, en fiestas o bufones; que había reprobado la disolución del clero, odiado a los frailes vagabundos y perseguido a los sospechosos de herejía, y siempre, así en tiempo de Paulo III como de Julio III, había promovido la obra de la reforma. Que era lo opuesto de su predecesor, y que Dios en su misericordia le había dado a la Iglesia, de modo que ahora se podía esperar la supresión de innumerables abusos (1). De una manera semejante juzgaron en Roma todos los que conocían de cerca al recién elegido (2). El embajador florentino Serristori, diplomático sereno y tranquilo, notificaba ya en 11 de abril, que aunque Marcelo II no sufriría ingerencia alguna de seglares en los negocios de la Iglesia, y sería muy parco en conceder mercedes, creía, sin embargo, que en lo demás todo el mundo podría estar contento, pues todo su porte y apariencia son, en sustancia, los de un santo (3).

Marcelo II se mostró luego en el primer día de su pontificado genuino representante de la reforma católica. Terminado el escrutinio, efectuóse inmediatamente su consagración episcopal, y luego en S. Pedro la coronación, la cual se aceleró tanto, para que pudiese celebrar las funciones de Semana Santa, que ya había comenzado; al mismo tiempo hubieron de excusarse los gastos superfluos en la fiesta de la coronación.

Todos los Papas del Renacimiento, a las solemnidades que eran usuales en la coronación, les habían dado la forma de una fiesta suntuosa, cuidadosamente preparada, que consumía las enormes sumas de 20000 ó 30000 escudos. Esto lo tuvo con razón Marcelo por una prodigalidad. Con sencillez apostólica y sin la pompa hasta entonces usada, quiso él recibir la tiara. Hasta las públicas demostraciones de gozo, los cañonazos del castillo de Santángelo y los fuegos artificiales de que tanto gustaban los romanos, los prohibió por respeto a la Semana Santa. Una

(1) V. el texto (*Biblioteca de la Universidad de Bolonia*) en el n.º 6 del apéndice.

(2) Así sobre todo Massarelli (p. 255 s.).

(3) *Credo bene che habbi a essere acerrimo defensore dell'autorità sua et cose ecclesiastiche et che chi vorrà stare bene seco, bisognerà che non metta mano nell'offitio suo, nè si impacci molto di benefitii et cose di chiesa, et in quanto alle gratie sia per andare assai più stretto che non hanno fatto molti dei suoi antecessori et nel resto credo che ogn'huomo da bene se n'harà da contentare. In sustantia il modo, l'apparentia et demonstrationi sono come d'un santo. *Archivo público de Florencia*.